

A:link {text-decoration: none} A:visited {text-decoration: none} A:active {text-decoration: none}
A:hover {text-decoration: none; color: #DD1A00}



OPINIÓN

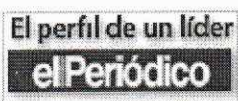


EL ARTICULO DEL DIA

Jordi Solé Tura

Diputado y dirigente del PSC.

Una conversación en León



- El encuentro con cuatro generaciones de una familia en tierras castellanas fue la confirmación de la posibilidad de una convivencia bilingüe tranquila y sensata de la que dudan algunos exaltados

En una caminata reciente por la Sierra de Anclares, en el noroeste de León y casi en la raya de Galicia, fuimos a parar al pueblo de Suárbol. A diferencia de otros pueblos de la zona, leoneses o gallegos, no conservaba ninguna palloza (la tradicional construcción de piedra con techo de paja), porque se habían quemado todas hacia algunos años y el pueblo parecía nuevo. Lo recorrimos lentamente y de golpe se nos acercaron varios vecinos que me habían reconocido y que, a su vez, se presentaron hablando en catalán unos, en castellano, otros.

Empezamos a charlar, el grupo de vecinos aumentó considerablemente con personas de edades muy diversas y acabamos todos sentados en torno a una gran mesa en un patio muy agradable charlando y bebiendo un vino de la casa fresco y suave y comiendo un jamón estupendo.

Nuestros amables anfitriones formaban parte de una o dos grandes familias. En torno a la mesa se sentaban cuatro generaciones. Los bisabuelos y algún abuelo vivían todo el año en Suárbol. Los demás abuelos y la tercera generación habían emigrado a Catalunya muchos años atrás y la mayoría vivían en Cornellà. La cuarta generación había nacido en Catalunya.

Nada de ello era excepcional y, desde luego, en todos los pueblos de la zona que habíamos recorrido predominaban los coches con matrícula de Barcelona; pero si recuerdo el amable episodio de aquel recóndito lugar es por la lección de sociología que significaba todo aquello.

Allí, en pleno corazón de una sierra leonesa tan hermosa y áspera a la vez, estuvimos charlando como amigos durante horas en catalán y en castellano. Los abuelos que habían tomado la dura decisión de seguir a sus hijos cuando éstos les anunciaron que se iban a Barcelona no hablaban catalán o lo hablaban con alguna dificultad, pero lo entendían sin problemas. La tercera generación, formada por maridos leoneses y esposas catalanas o al revés, hablaba un catalán y un castellano perfectos. Y lo mismo cabe decir de los nietos nacidos y educados en Catalunya.

Todos se sentían leoneses y catalanes a la vez; pese a las penurias iniciales estaban satisfechos de su difícil decisión de emigrar; no se sentían víctimas de ninguna discriminación, y, a todos los efectos, se consideraban ciudadanos tan catalanes como los nacidos en Catalunya. Y viceversa: nuestro pequeño grupo de excursionistas se sentía tan idéntico a todos ellos en el terreno lingüístico y en el de la ciudadanía que en algún momento

perdíamos la noción del espacio y no sabíamos si estábamos en una agradable tertulia en Cornellà o en un lugar recóndito de la sierra leonesa.

Pero había algo más. Todo aquello se desarrollaba de manera natural, muy lejos de las disputas que a veces afloran entre grupos políticos o académicos sobre la lengua en Catalunya. Pasados los primeros momentos difíciles al respecto, es decir, los momentos del cambio político tras la muerte de **Franco** y la puesta en marcha de la democracia y la autonomía en Catalunya, el bilingüismo se ha impuesto de manera mucho más natural de lo que creen algunos extremistas de un lado y otro. La apuesta clara y contundente por el bilingüismo de la izquierda catalana, o sea, del PSC y el PSUC principalmente, no sólo era y es la más racional desde el punto de vista político, sino también la más sensata desde el punto de vista social.

Las cuatro generaciones que nos acogieron en Suárbol casi eran una perfecta muestra sociológica sobre el pasado, el presente y el futuro de este bilingüismo. Unas no hablan catalán o lo hablan a medias pero no se encierran en ello, no lo rechazan y lo entienden. Y las dos últimas, totalmente bilingües, no van a prescindir de ninguna de las dos lenguas porque les son útiles ambas, porque se comunican en una y otra, porque les sirven dentro y fuera de Catalunya y porque las pueden manejar al mismo tiempo sin complicaciones. Y sobre todo porque han regado y siguen regando con las dos sus propias raíces, lejanas o próximas.

La pequeña fiesta de Suárbol fue para todos nosotros un amable alto en el camino y un verdadero encuentro entre amigos. Pero, además, fue la confirmación práctica de una realidad lingüística y social de Catalunya mucho más tranquila, sensata y normal que lo que creen o se esfuerzan en creer algunos exaltados encerrados en sí mismos o algunos profetas descafeinados.

